LIBRO dot.com

La NODRIZA

Jules Lemaître



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LA NODRIZA
Jules Lemaître

El Sr. y la Sra. Loisel hacían una de esas vidas casi pobres pero casi elegantes; como la de una multitud de matrimonios parisienses. El marido, que tenía a su cargo una plaza de profesor, en una escuela municipal, con tres mil quinientos francos de sueldo al año, era muy dulce, muy trabajador, muy amante, muy bueno; la mujer, hija de comerciantes al detalle, era viva, despierta, llena de inteligencia y naturalmente distinguida. Ambos habitaban el sexto piso de una casa, modesta pero bien ventilada, sita en las inmediaciones de la plaza del Trono.

A fuerza de industria y de gusto, sin gastar casi nada, aprovechando las "ocasiones" y los "saldos" de los grandes almacenes, la señora se hacía, con sus propias manos, vestidos y sombreros que después de todo le iban admirablemente.

El salón minúsculo de su casa, muy modesto en realidad, tenía cierto aspecto alegre gracias a la multitud de objetos menudos y a los ramos de flores que adornaban las ventanas desde principios de abril hasta fines de otoño.

En cuanto a diversiones, contentábanse con ir al teatro cuatro o cinco veces al año y algunos domingos al concierto, con visitar las exposiciones y con hacer algunos paseos por las calles y por los alrededores de París. Siendo pacientes, entreteniéndose con cualquier cosa, esperando sin murmurar los tranvías de los bulevares y los vaporcitos del Sena, gozando platónicamente con la elegancia y con la riqueza de la gran ciudad, explotando, en fin, todas las diversiones gratuitas, hacían una vida agradable y sencilla, gozando aún del placer de economizar algo todos los meses.

Un día la Sra. Loisel se sintió encinta; y ese fue un día de fiesta para el matrimonio... ¡Un hijo! ¡Ah! Ella lo alimentaría con su mismo pecho; tomaría una muchacha que no costase caro, para el servicio de la casa; sería dichosa, muy dichosa... Y envolviendo sus esperanzas en el velo de los sueños, no tuvo, en adelante, más ocupación que la de confeccionar el hatillo.

Al fin llegó el parto. Durante veinticuatro horas la pobre madre no hizo más que gritar. El dolor fue cruel y la operación difícil. Pero cuando pudo tener delante de sus ojos al pobre recién nacido, su mueca de agonía se trocó en esa sonrisa profunda, pálida, llena de ternura que las mujeres guardan para tal ocasión...

Y hablando como las hadas de los cuentos azules:

-Es muy bonito -murmuró-. Y yo quiero que se llame Jorge... y que sea muy bueno... y que sea muy dichoso...

Al día siguiente, Madame Loisel sintióse acometida por los dolores de la metritis.

El médico que la asistía dijo:

-Si usted quiere salvarse es necesario abandonar desde luego la idea de alimentar personalmente al niño.

-Entonces...

-Entonces... lo preciso es buscar una nodriza. No hay otro camino, señora. Si fuese robusto, usted podría arreglárselas con un biberón, pero ¡es tan débil!

Los esposos pensaron en la situación... ¿Una nodriza en casa? ¡imposible! Las más baratas costaban setenta francos mensuales. Además la habitación era demasiado pequeña y cambiar de alojamiento dificilísimo. La enfermedad podía ser larga y entonces habría

necesidad de una criada... Todos esos gastos iban a arruinarlos... Luego el recién nacido era raquítico y tenía necesidad de aire libre..."

Mr. Loisel fue, pues, a la oficina de las nodrizas; después de mucho escoger se quedó con una que le pareció buena no sólo por su cara amable pero también por su estatura colosal, por su color de manzana normanda y por sus carnes abundantísimas. Rosalie Baulard, que habitaba una aldea de Beauce, a veinte leguas de París, estaba casada con un bravo carretero y tenía dos hijos: uno "grande" de 8 años, otro "pequeñín" de quince días. Las referencias que el cura y el alcalde de su pueblo le habían dado, eran excelentes.

La enferma quiso ver a la mujer en cuya casa iba su hijo a vivir.

-Usted lo cuidará mucho ¿no es verdad?

-¡Ah! Lo que es por eso, la señora puede estar tranquila... Todo el pueblo conoce mi honradez... Hasta sería capaz de dejar con hambre a mi hijo por no molestar al "niño"... Cuando se hace una cosa es preciso hacerla como Dios manda... ¿No es verdad, patrona?... Además el chiquillo es encantador... No hay más que mirarlo una vez para quererlo... Si la señora lo permite le daré de mamar en su presencia. La leche me hace mal...

La pobre madre estaba contenta -aunque un poco celosa- de mirar el buen apetito con que Jorge acercaba su boquita por primera vez al pecho de la nodriza.

Después de entregarle los pañales, Mme Loisel quiso hacer un regalo a Rosalie, y no contenta con darle unas enaguas nuevas, sacó del guardarropa un vestido suyo en buen uso todavía.

-Casi no me lo he puesto... Con ensancharlo un poco estará bien para usted...

La nodriza se mostró muy agradecida:

-Mil gracias, un millón de gracias... Ya estoy viendo que ustedes son buenos... Dios se lo pague. Lo que es por el niño, no tengan ningún cuidado.

El momento de la separación fue terrible. La enferma no pudo contenerse. Su beso de despedida fue tierno, profundo, silencioso... Y sus lágrimas abundantes mojaron la carita pálida y arrugada de Jorge.

El padre condujo a Rosalie a la estación y dijo al volver:

-Decididamente, esta muchacha tiene buen aspecto y estoy seguro de que sabrá cuidar a nuestro hombrecito.

El estado de Mme Loisel -cuya conversación con la nodriza había agotado sus fuerzas- agravóse mucho en los días siguientes. La fiebre y el delirio, siempre en aumento, hacían temer una peritonitis.

Al fin vino la mejoría, sin embargo, y luego la curación completa, pero su debilidad era tan grande, que el médico le prohibió terminantemente poner los pies en la calle.

No pudiendo ver a su hijo empleaba su tiempo y gastaba sus fuerzas en hacerle un vestido de muletón lleno de dibujos complicados y constelado de cintas y de borlas color de rosa, que fue enviado a la nodriza junto con mil recomendaciones.

La familia de Rosalie, por su parte, no dejaba nunca pasar una semana sin escribir. Siempre sus cartas decían lo mismo: "Tomo la pluma para decir a usted que el niño goza de muy buena salud, y que si la señora lo viera no había de reconocerlo, de tal manera está fuerte y gordo. También tengo la pena de decirle que si le fuese posible mandarme un suplemento, se lo agradecería en el alma, porque en estos tiempos las cosas se han puesto muy caras y tengo necesidad de comprar jabón y azúcar porque es necesario muchas cosas para mantener a un niño de buena familia" etc., etc.

Y los buenos señores aumentaban cinco francos a la pensión de Rosalía y le daban las gracias...

Todos esos gastos, sin embargo, comenzaban a causarles gran pena. La enfermedad había costado un dineral y como además había sido preciso tomar una criada, los ahorros se agotaron.

Luego, para colmo de males, la convalecencia se prolongaba, haciéndoles siempre dejar "para el domingo que viene" sus visitas a Jorge.

¡Cuánto habría llorado la pobre Mme Loisel si alguien hubiese podido revelarle la manera con que su hijo era tratado!...

En realidad Rosalie no era lo que se llama una mala mujer, pero teniendo ella también un hijo, consideraba muy natural comenzar por él... Y como Fred era muy grande y mamaba mucho, casi nunca quedaba leche para Jorge. Así, el pobre "parisiense" tenía que alimentarse con leche de vaca no siempre fresca y aún con grandes empanadas que caían en su estómago delicadísimo como trozos de piedra.

Pero eso no era todo. Siendo muy buena madre y no conociendo, en su ignorancia, las delicadezas de conciencia que constituyen la honradez, Rosalie despojaba de sus pañales y de sus cosas bonitas al hijo ajeno en favor del hijo propio. Cuando llegó el trajecillo lleno de borlas rosadas, su primer impulso fue vestir con él a Fred.

-¡Ah! ¡que precioso!...

Y como a Jorge se le ocurriese protestar de la injusticia con gritos y lloriqueos:

-Cállese usted, parisiense -respondió- Totor, llévatelo al jardín para que no moleste.

Palabras que se repetían cada vez que Jorge lloraba; y estando mal alimentado y enfermo del estómago, lloraba a menudo.

Totor por su parte, no queriendo sacrificar su libertad en favor del pobre chiquillo extraño, lo depositaba tranquilamente entre los haces de heno y corría a jugar con sus camaradas de la aldea.

Semejante manera de vivir había dado a Jorge un aspecto parecido al de esos monos raquíticos del Jardín de Plantas, que se mueren lentamente de tisis y de tristeza...

Al fin -un día que la ¡convaleciente se encontró mejor- Mr. et Mme Loisel tomaron el tren con objeto de visitar a Jorge; y habiéndose decidido en un segundo, no tuvieron tiempo para avisar a la nodriza.

El pueblo de Rosalía se encontraba a una media legua de la estación del ferrocarril. El día estaba horrible. En medio de la planicie inmensa y monótona, bajo el cielo pesado y gris, un caserío miserable se revolcaba entre el estiércol. Mme Loisel se figuró que su hijo estaba muy lejos de ella viviendo en un país tan feo.

Una mujer sentada en el umbral de una puerta, les indicó, con el dedo, la casa de los Boulard.

La pobre madre sintió que el corazón se le oprimía al entrar en aquel cuarto de campesinos, sucio, desnudo y oliente a queso seco. Su casa de París, tan pequeñita y tan limpia y la cuna comprada de antemano siempre vacía, siempre confortable, se presentaron ante su remordimiento... La alegría sonada comenzó a desvanecerse.

Fred estaba sentado en una silla pequeñita, junto a la chimenea, luciendo el hermoso traje de Jorge. El parisiense andaba por el jardín bajo la vigilancia de Totor y por casualidad no lloraba.

Mme Loisel se precipitó sobre Fred:

-¡Ah! mi chiquitín... ¡mi Jorgito!... ¿Verdad que está divino?... Y además fuerte... Si no fuese por el traje no lo habría reconocido... ¿Por qué le pone usted su traje elegante todos los días?...

Rosalie comprendió lo difícil de la situación en un momento. Su respuesta fue decidida:

-Le va tan bien -dijo- que no me atrevo a guardárselo sólo para los domingos... Vamos, niño, aquí está la mamaíta... una risita para ella... Es admirable como se parece al señor ¿No es verdad, señora?...

En realidad lo que Fred parecía, rojo y lleno de grasa, era un salchichón, un salchichón enorme, ¡muy enorme!

Mr. Loisel dijo a su mujer refiriéndose al bebé que ellos tomaban por Jorge:

-Pues mira, lo que es guapo, guapo, no me parece. Y eso que soy su padre.

-¿Que no es guapo? El señor tiene un gusto difícil de contentar -replicó Rosalie con tal acento de convicción, tan secamente, que Mr. Loisel se lo agradeció en el alma.

-¿Y su chico, nodriza? -preguntó la señora-. ¿No quiere usted enseñárnoslo?

-¿El mío?... Está en la casa de su abuela, con su hermano... La pobre señora quería verlo... Y como ya lo tengo casi destetado... para darle toda mi leche al niño de usted, apenas le doy de mamar sino una vez en la mañana y otra en la noche...

-Pero usted hace mal, nodriza... Usted podría repartir en partes iguales... A mí no me gusta que...

-¡Ah! Lo que es por eso no se inquiete. Mi muchacho es bien fuerte... Ustedes lo verán... si acaso se quedan algunos días...

-Tenemos que irnos por el tren de las seis.

- Entonces por lo menos comerá algo... ¿verdad?... una tortilla... un poco de tocino... Lo mejor es el vino, eso sí, buen vino... Los señores no han de desairarme...

Y con pretexto de buscar los huevos, Rosalie salió de la habitación. En el jardincillo encontró a Totor:

-Mira -le dijo- llévate al parisiense... a donde la abuela... a donde te dé la gana... ahí tienes el biberón... pero no vuelvas hasta la noche si no quieres que te rompa las costillas.

En el momento en que ella volvía a entrar, Madame Loisel murmuraba en éxtasis delante de Fred:

-¡Ya empieza a sonreírme! Mira, mira, como no me tiene nada de miedo! Parece que ya me hubiese reconocido, que ya supiese que yo soy su mamaíta...

Un mes después, el pobre matrimonio recibía una carta en que Boulard les anunciaba la muerte de Jorge: "Todos lo habían cuidado bien, sin embargo... La cosa era terrible, Rosalie estaba enferma de la tristeza..."

El pequeño parisiense había, pues, tenido el destino inexplicable, horroroso, de esos niños que después de llorar y de sufrir durante algunos meses, abandonan el mundo sin haber comprendido nada en él.

La cosa no había sido larga. Una noche no había querido dormir. Luego había rehusado el biberón y la empanada y aún el pecho de Rosalía... El festín le había sido ofrecido muy tarde... Sus ojos se volteaban no dejando ver sino la parte blanca... Sus mejillas pálidas tomaron un color de tierra... Luego comenzó a agonizar sin gritos, con gemidos dulces de persona formal... ¡Su madre había sido muy dichosa no presenciando aquella escena!...

Cuando Monsieur y Madame Loisel llegaron a la aldea, el agua caía a torrentes. La pobre señora que no había cesado de llorar desde su salida de París, no podía ya tenerse en pie y marchaba vacilante, con los ojos encendidos bajo el velo espeso.

Rosalie tuvo cuidado de enviar a Fred y a Totor, desde por la mañana, a casa de la abuela... Ella también lloraba, lloraba sinceramente y de tal manera, que Madame Loisel fue desde luego a besarla.

Después, la pobre madre fijó sus miradas en la humilde cuna de mimbre donde yacía el cadáver...

Jorge llevaba, por primera vez, el traje elegante que Fred había ensuciado. Su delgadez era espantosa: su nariz estaba seca, sus párpados azulados y su boca entreabierta, pálida, llena de espuma en el fondo, avivábase en los bordes con un tinte violeta.

-Pobre chiquito de mi corazón -decía la madre sollozando- ¡qué cambiado está!

Mr. Loisel miró atentamente al niño muerto, sin decir una palabra, pero atormentado ya por una duda terrible...

-Vamos -dijo Rosalie- ¡no lo miren así, eso les hace daño!

De repente Totor entró sin prevenir, teniendo a Fred como un paquete entre sus brazos.

Rosalie se puso pálida. El estúpido de Totor se puso a decir que la abuela estaba enferma y no había querido recibirlos. Y Fred, cubierto con un bonete de Jorge, calzado con sus zapatos, reventando de gordo, con su aire de buen muchacho; púsose a sonreír a las dos personas que tanto lo habían acariciado un mes antes.

Súbitamente ellos lo comprendieron todo. Madame Loisel miró a Rosalie como queriendo asesinarla con los ojos y su marido levantó los puños con tal expresión, que la nodriza tuvo necesidad de refugiarse en un ángulo de la pieza. La pobre madre comenzó de nuevo a llorar y el padre pensó: "¿Para qué hacer un escándalo? Ella lo negará todo y de nada servirá que yo la reviente..."

Y ambos volvieron a sentarse al lado de la cuna, con la cabeza sobre el pecho, mientras Rosalie se revolcaba en el suelo desesperada sollozando como un animal...

Al fin vino el carpintero y luego el cura acompañado de un monaguillo sucio que tenía entre las manos una cruz vieja y desplateada que parecía querer escaparse del mango.

Esos entierros de niños parisienses que atraviesan a veces las calles desiertas de las aldeas, llevando por todo cortejo, detrás del féretro, pequeño como una caja de violín, a un caballero y a una dama enlutados que van, con los ojos cubiertos, a dejar un pedazo del corazón en el extremo de un cementerio perdido, mientras los campesinos los miran curiosamente desde las granjas del camino, son desgarradores.

Cuando la primera paletada de tierra comenzó a ocultar las tablas minúsculas del ataúd, Madame Loisel, a quien la enfermedad había hecho olvidar el único beso dado a Jorge, exhaló este grito:

-¡Ah! hijito de mi corazón! Ni siquiera pude besarte vivo una sola vez!...

Al volver del cementerio, Rosalie dijo inconscientemente a madame Loisel:

-Si la señora tuviese dentro de poco otro bebé, supongo que no se olvidaría de darme la preferencia...